

# Traer fuego a la tierra

## El compromiso cristiano y los Ejercicios de San Ignacio

---

*Dean Brackley, s.j.*

*Resumen: El autor vivió de cerca las sangrientas injusticias que enturbiaron los años sesenta en América del Norte. Esa experiencia le sirvió de preparación para los Ejercicios Espirituales. Descubrió que las tremendas iniquidades e injusticias del mundo ayudan a comprender, en la Primera Semana, que el pecado es un mal mayor de lo que nosotros corrientemente creemos. El mensaje evangélico, que nos hace reflexionar durante la Segunda Semana, nos llama a todos -ricos y pobres- al arrepentimiento, a tomar conciencia de la injusticia reinante y a decidimos por la libertad de espíritu en nuestra sociedad manipulada. Los más afortunados deben aprender en las experiencias de los pobres que el mal es un veneno, activo y contaminador, incluso en procesos aparentemente inofensivos, como la mejora de las condiciones de vida. En la Tercera Semana el autor descubre el camino de la liberación al sentir pena y confusión con los pobres, al mismo tiempo que con Jesús. Finalmente, la vivencia de la libertad y el gozo de los pobres y marginados es el tema central de la Cuarta Semana: la realidad es mucho más maravillosa de lo que podemos imaginar. El autor concluye que la Contemplación para alcanzar amor nos exige estar muy cerca de la totalidad de nuestro mundo real.*

Durante mis estudios medios, por los años sesenta, el mundo en que vivía se hizo pedazos. Mi idea de la vida y de la fe perdió todo sentido. Vietnam, la amenaza nuclear, el crimen y el racismo que reinaban en la calle, suscitaban en mi interior una pregunta: ¿Era posible ser cristiano, por no decir católico, en un mundo como ése? Salí de misa el 4 de noviembre de 1969 sin haber recibido la Comunión, porque no me sentía seguro de mi fe en lo que ella representaba. Mi mundo se desgarraba. Un niño moría para dar paso al adulto que comenzaba entonces a vivir.

Eso significaba que el Dios de un niño tenía que morir para que pudiese nacer el Dios de un adulto. Y ahora mirando atrás creo que Dios tuvo mucho que ver con toda esa experiencia dolorosa.

Poco después me encontré a la deriva, como aprendiz de agnóstico, en el sur de Manhattan. Las sendas del vicio, las pobres y anticuadas casas, los niños drogados por las calles, el *Catholic Worker* de Dorothy Day todo ello suscitaba una segunda pregunta en un interior mío que me parecía todavía más profundo: ¿Es posible ser humano en un mundo como éste? Era un paso adelante, creía yo, porque es más importante presentar las preguntas en su debido orden, que oír siempre las mismas respuestas. Todavía estoy haciendo las mismas preguntas, pero ahora las hago a un Dios diferente.

Quiero hacerlos partícipes de algunos resultados de mi camino desde aquel día que salí de la iglesia. Ofrezco estas reflexiones desde una experiencia ignaciana, porque los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio y mi propia comunidad jesuita han sido elementos centrales en mi camino. Quizá alguno, al fin de esta exposición, se pregunte si Ignacio se reconocería a sí mismo en ella. A pesar de todo él es parte muy central de mi experiencia.

Soldado convertido y mundano, Ignacio fue objeto de una profunda transformación, que le llevó a mirar la vida desde un punto de vista claramente enriquecedor y moderno. Cuando era todavía seglar, y de hecho mucho antes de pensar en ordenarse o fundar una orden religiosa, Ignacio tomó algunas notas, que llegarían a ser su libro clásico de ejercicios, los *Ejercicios Espirituales*. Los dividió en cuatro «semanas» o partes, que pueden servir muy bien como capítulos de nuestras reflexiones.

### Primera Semana

La Primera Semana se centra en el tema del pecado. Sugiero un subtítulo: «Las cosas son peores de lo que nos atrevemos a imaginar». Ha sido para mí la parte más árida de los ejercicios, y la que me resulta más difícil de compartir con los demás. Por ello merece que le preste más atención.

No sé por qué, pero para muchos de nosotros es difícil centrarnos en nuestros pecados (incluso cuando sufrimos el clásico complejo de

pecadores, o quizás por ello). No parece mejor considerar el pecado a distancia y en general. Recordemos cómo Natán ayudó a David a reconocer su pecado, a distancia y sirviéndose de una parábola (2 Sam 12).

Consideremos qué mal están las cosas. En mayo último, en Ginebra, la UNICEF informó que un tercio de todos los niños, en los países de bajo nivel de vida, sufren malnutrición. Las Naciones Unidas calculaban recientemente que casi mil millones de personas, a lo largo y ancho del mundo, padecen hambre. Una de cada cinco. La proporción crece cuando se trata del acceso al agua potable. Las Naciones Unidas también informan que por cada doscientas personas hay un refugiado o huido de su casa, en todo el mundo.

Entre las causas de esos hechos tan horribles siempre aparecen distintas formas de una tremenda desigualdad. Con datos de 1989 se constata que los países ricos, con un cuarto de la población mundial, consumen el 70 por ciento de la energía mundial, el 75% de los metales, 85% de la madera, y el 60% de los alimentos. Según el Programa de desarrollo de la ONU, esa proporción sólo puede mantenerse a base de mantener también la extrema desigualdad. De otra forma no habría recursos suficientes. Como dice el economista y jesuita Xabier Gorostiaga, «la desigualdad no es un defecto del sistema. Es necesaria para que el sistema crezca y perdure».

Entre 1960 y 1990 la distancia entre países pobres y ricos se ha multiplicado considerablemente. La distancia entre personas ricas y pobres, en contraposición a países, se ha multiplicado todavía más. Según un informe de la ONU, *Desarrollo Humano 1992*, las personas más ricas del mundo, un 20% del total de la población, tienen unos ingresos 150 veces mayores que los más pobres, también un 20% del total. En 1960, los países con este 20% de la población más rica del mundo, percibían el 70% de todos los ingresos del mundo, que es precisamente treinta veces el total de los ingresos de la población más pobre del mundo, el otro 20% de la población mundial. Pero en 1989 ese 20% rico ya recogía el 83% de todos los ingresos mundiales, que supone cincuenta y nueve veces el ingreso del pobre 20%. Aunque estas cifras tendrían que ajustarse teniendo en cuenta el poder adquisitivo del dólar (un dólar significa mucho más pan en El Salvador que en Los Ángeles), la desigualdad en todo caso es tremendamente

palpable. Y esa horrible división del mundo entre ricos y pobres es quizá la mayor causa de la destrucción del medio ambiente, que nos amenaza a todos.

*Pedir "conocimiento del mundo"...* para conocer y desechar su proyecto de muerte.

A nivel mundial una minoría de super-magnates controla los mercados mundiales, al mismo tiempo que exigen la liberalización del comercio internacional. En particular las armas se envían, con más facilidad que los alimentos, por los traficantes del Norte, que buscan ganancias sustanciosas, hacia los países del Sur, que tienen gobiernos inestables. El poder se concentra más y más en los centros de las finanzas internacionales, que cada vez olvidan con más frecuencia a los miles de millones de seres humanos del Norte y del Sur que carecen de lo más imprescindible para vivir.

Podríamos continuar. Estamos sin duda frente al pecado, y aquí es donde comienzan los *Ejercicios Espirituales*. Sin embargo, al presentar el pecado de un modo general nos apartamos de la costumbre. La tradición Cristiana, y la teología Católica en particular, define el pecado como una acción u omisión personal y sólo por analogía como pecado original, pecado estructural, o como pecado del mundo. Quizá se podría discutir esto. De todas formas, parece que pedagógicamente ayuda citar el pecado realmente como una empresa colectiva que produce la muerte. ¿Qué es pecado?

El pecado es una injusticia estructural de grandes proporciones que produce la muerte en la mayoría pobre del mundo, en sitios como Bosnia, Ruanda y Toronto. Esta empresa es algo más que la mera suma de pecados personales. Lo hemos reconocido tradicionalmente al hablar de Satán y de los potestades y dominadores de este mundo (Ef 6,12ss). El pecado es una organización empresarial que tiene a su servicio a personas e instituciones. Como nos recuerda Juan Pablo II el pecado personal está detrás de, o incrustado, en este pecado estructural (*Sollicitudo Rei Socialis*, nº 36). Desde este punto de vista el pecado personal es la participación o cooperación en este proyecto maligno. El pecado *privado* participa en este proyecto al impedirme ser la persona que yo debería ser en la gran batalla entre el Reino de Dios y el reino de la muerte.

Ignacio comprendió esta dimensión del pecado. En la Primera Semana [63] nos invita a pedir «conocimiento del mundo» de tal modo

que podamos conocer ("aborresciendo") y desechar su proyecto de muerte. ¡En lugar de una huida, estos "ejercicios" están pensados para quitarnos las ilusiones y situarnos en contacto con la dura realidad! Ser capaces de reconocer el proyecto pecaminoso es en realidad tanto más necesario cuanto que el pecado siempre busca presentarse bajo un disfraz de valores apreciados, como libertad, patriotismo, derechos de propiedad y seguridad nacional.

Pocos realmente desean ver el pecado. ¿Qué sucedería si el noticiario vespertino comenzara cada noche anunciando que veinte mil niños han muerto en ese día por causas relacionadas con el hambre? Ese programa de noticias se suprimiría a partir de la segunda emisión. Ya se trate de asesinatos en El Salvador o de nuestros propios delitos, nosotros tapamos cuidadosamente el pecado.

### *Consideremos tres encuentros muy cercanos con el pecado*

Hace algún tiempo desayuné con Teresa Pérez en Los Sitios, una pequeña aldea en El Salvador. Tere es una catequista pobre, casi en la miseria, de unos sesenta años, que rezuma humor irónico.

"Buenos frijoles", le dije. "¿Come Vd. frijoles estos días?" "Pues, no. No podemos", respondió. El precio de los frijoles está por las nubes, y ella reserva ese lujo para especiales ocasiones como la presente. En casa de Tere hacía tiempo que no comían frijoles. Me sentía anonadado, sentado como estaba en el pequeño taburete de la cocina.

En ese momento llegó su vecina Toña. "¿Tiene Vd. frijoles, Toña?" le pregunto. "Pues, no", me responde. "Los frijoles están muy caros" "¿Cómo se las arregla?" le preguntó. "Comemos tortitas y algunas veces arroz". "¿Y algo más?", le pregunto. Hierbas", me responde, refiriéndose a ciertas hojas comestibles que la gente recoge en los bosques para hacer una sopa ligera.

Me costaba mucho asimilar esa situación. ¿Cómo se las arreglaban esas familias? ¿Y cuántas más estaban en las mismas circunstancias? Fui al comercio de Delia a comprar frijoles para Tere y Toña, pero Delia no tenía frijoles. "¿Por qué no?" "La gente no puede comprarlos", me explica, "y yo no puedo traerlos si la gente no puede pagarlos". Caí en la cuenta de lo que me decía. "Y no vaya a casa de Ydalia", me decía Delia. "No los tiene tampoco". "Quizá en casa de Don Chico".

Fui al comercio de Don Chico. Tampoco él tenía frijoles. Comenzaba yo a comprender la situación de Los Sitios. Y Don Chico me ayudó a abrir los ojos un poco más. "Mire -me dijo-, la situación es realmente complicada. El año pasado los *campesinos* de por aquí tuvieron que vender sus cosechas a muy bajo precio. Ni siquiera cubrieron los gastos. Y ahora ¡no tienen ni para comprar frijoles!"

"¿Cómo es posible eso?" le pregunto a Don Chico. "¿Qué pasó entre la cosecha del año pasado y la de este año?" "Es cosa de los intermediarios", me dice Don Chico. "Los intermediarios se hicieron ricos". Al parecer los comerciantes habían exportado parte de la cosecha nacional, mientras que el gobierno hacía la vista gorda, y se olvidaba de las leyes contra la especulación.

Esta narración confirma dos ideas. En primer lugar que la realidad es con frecuencia mucho peor de lo que aparece a primera vista. Tienes que esforzarte en escuchar pacientemente hasta que descubres lo mal que están en realidad las cosas. ¡Es tan fácil no darse cuenta! Y en segundo lugar que estas tragedias locales están ligadas a las estructuras globales, que terminan por aprisionar a los pobres en la red mortal de la injusticia institucional.

Vayamos a otro ejemplo. Hace unos meses, invité a Marta Alas a comer. Teníamos pollo de comida. Marta, de unos veintiún años de edad, había sido expulsada de su aldea, cerca de la frontera con Honduras, por los militares salvadoreños y por los bombardeos aéreos. Su familia es pobre en extremo. Me impresionó cómo se puso de pie e inclinó su cabeza para rezar. Cuando terminó lo que había en su plato, le invité a comer más pollo. "Gracias, no quiero más", me dijo educadamente. "Anda, un poco más. Quién sabe cuando volverás a comer pollo". Y Marta me contestó sonriendo: "ésa es la razón. No me quiero acostumbrar a lo que no puedo tener".

*¿Por qué se ve al pueblo sonreír?* A lo largo de los años, Marta ha aprendido a dominar su hambre. Sabe que si come mucho hoy, eso hará las cosas difíciles mañana. Al principio me sentí desorientado, dominado por lo que Ignacio llama "vergüenza y confusión", una especie de vergüenza agrídulce y de confusión santa, muy distinta del sentimiento de culpabilidad y remordimiento, que corroe y paraliza. Ignacio nos invita a pedir también este sentimiento de vergüenza y

confusión, en la Primera Semana de los *Ejercicios* [48]. Es una gracia que necesitamos alcanzar. Tuve que esforzarme para conseguir asimilar las lecciones de la vida de Marta, y que influyesen en mi propia vida.

Recordaré un encuentro muy próximo con el pecado y con la gracia. Oleadas de delegados extranjeros han venido a El Salvador durante los últimos años, y a muchos los hemos recibido en nuestra universidad. Esos peregrinos se bajan del avión, algo preocupados con un vago temor de lo que les espera. Saben que la gente es pobre, han oído hablar de matanzas y bombardeos, temen de algún modo que la gente se lance a robarles sus carteras, o que cuando visiten su primera comunidad de pobres, sufran un ataque masivo de culpabilidad, o al menos que se vean obligados a cambiar su manera de vivir, cuando vuelvan a sus casas.

*es la verdad que nos hace libres.* Como suele suceder en la mayoría de los casos de miedo, las cosas no suceden de esa forma. En primer lugar los visitantes pasan los días en El Salvador sorprendidos al ver al pueblo sonreír, y se preguntan por qué. La gente se alegra de que hayan venido y los reciben, literalmente, con los brazos abiertos. Si los visitantes tienen valor de oír sus historias, de semanas de huir de los militares, de los pelotones de horror y la muerte, del hambre y de la muerte repentina, sentirán que se les parte el corazón.

Esa es después de todo la razón principal de venir hasta aquí: que la gente de este pueblo les desgarre sus corazones y haga saltar en pedazos el mundo del que vienen. Los visitantes sienten que pierden la seguridad en sí mismos, o mejor quizá que su mundo deja de tenerlos prisioneros.

¿De qué mundo se trata? El mundo que está formado por personas importantes como nosotros, y de personas pobres sin importancia como ellos. Pero si los visitantes permiten que sus ojos se encuentren con los ojos de los pobres, se verán reflejados en ellos. Esos pobres son exactamente como nosotros. ¡La mitad de sus hijos mueren de enfermedades que podrían curarse! Los poderosos les roban sin dificultad. No hay justicia. ¿Y qué ha estado haciendo mi gobierno aquí, y en mi nombre?

Mi mundo empieza a tambalearse. Como dice Yeats, "Las cosas se desintegran..." Es normal que yo intente mantenerme aparte. Pero es esencial que la verdad llegue a aplastarme. Esa es la verdad que nos hace libres. Lo que realmente está sucediendo es algo semejante al flechazo del amor. Siento que la tierra tiembla bajo mis pies, estoy perdiendo el equilibrio. Me siento, de nuevo, confuso, y algo avergonzado. No con el sentimiento paralizante de culpa. Mi horizonte se ensancha - se abre. Los ojos de la víctima me llaman. Hay en ellos una invitación, algo indefinible que me atrae, una llamada. Y de alguna forma siento paz en todo esto. Me siento aceptado - incluso antes de haber presentado mi justificación ante este pueblo, o ante miles de millones como él. Aunque soy un cómplice del mundo de personas importantes como nosotros y de personas sin importancia como ellos - casi me siento en mi casa aquí. Me siento perdonado.

Los que tienen el valor de permitir que los pobres los desgarran internamente de este modo, encuentran que los pobres los colocan ante el abismo del misterio santo que llamamos Dios. Si están dispuestos a aceptar lo que los pobres les revelan, es decir que el mundo y sus sufrimientos son mucho peores de lo que nosotros nos atrevemos a imaginar, entonces serán capaces en ese momento de comprender que hay algo en marcha en el mundo, más maravilloso de lo que nosotros nos hemos atrevido jamás a imaginar.

No se trata de que los pobres sean santos o listos, o algo semejante. Porque ellos son tan interesados y egoístas como los ricos. La idea central es que son precisamente como nosotros y no se merecen esa injusticia. Y lo normal que esto llegue a desgarrar nuestros corazones.

Después de darle vueltas a estas ideas durante varios años comienzo a pensar que yo, que nosotros, pertenecemos a una tribu especial. Las culturas de clase-media del Norte son recién venidos a la historia del mundo, y sólo tienen de existencia unos doscientos años. No somos malas personas. Sólo que somos una pequeña minoría algo desorientada, con la ilusión muy extendida de que constituimos el centro de gravedad del universo. Y los pobres nos pueden liberar de esta idea extraña.

No me interpreten mal. Las culturas de clase-media del Norte han logrado extraordinarios adelantos en la civilización, y no hablo ahora del discutible progreso tecnológico. Me refiero al campo de lo espiritual, cultural y político: oportunidades nunca antes soñadas, libertades políticas, democracia, el despertar de la crítica ante el Progreso, etc... Son elementos que no pueden negarse. El problema, sin embargo, es que esas nuevas libertades y seguridad económica han alejado a los no-pobres de la lucha para vivir y no morir, que ha sido el pan de cada día para los pobres desde siempre y hasta nuestros días. Es probable que más del 90% de todos los habitantes del mundo a través de los siglos, han tenido que luchar cada día de sus vidas para que su familia sobreviva frente a la amenaza de muerte por hambre, enfermedad y violencia. Al apartar a los no-pobres de esa lucha, los beneficios de la modernidad nos han sumergido en una especie de atmósfera crónica de confusión, donde ya no sabemos que lo realmente importante en la vida es la vida misma y el amor. El encuentro con los pobres nos frena y nos hace reflexionar. Cuando salimos de esa confusión nos damos cuenta que los marginados son realmente el centro de la vida humana. Nosotros, que vivimos en Ottawa, Washington y París, somos los que estamos en realidad al margen de la vida.

Del mismo modo que nos liberan de esa ilusión, también nos sirven los pobres de revulsivo para dar un nuevo sentido a nuestra vida. Es claro que los no-pobres necesitamos más a los pobres, que ellos a nosotros.

Pero ellos necesitan también de nosotros. Nosotros, que no nacimos pobres, tenemos un lugar en el futuro de Dios. Piense en esta adivinanza: ¿Qué tienen en común las siguientes personas: Madre Teresa y Che Guevara, Fidel Castro y Mahadma Gandhi, Dorothy Day, Martin Luther King y Carlos Marx? todos universitarios, de clase media, y, aunque no estemos de acuerdo con algunos de ellos, todos ellos se han puesto de parte de los pobres, y han influido en la historia.

Todavía hay esperanza. No podemos excluir a los no-pobres para dedicarnos al problema de los pobres, que es en realidad el problema común a todos nosotros. De hecho los pobres son un punto central en el designio de Dios que llamamos el Reino. Y esto nos lleva a la Segunda Semana de los *Ejercicios Espirituales*.

## Segunda Semana

La Segunda Semana se centra en seguir a Cristo, en el servicio del Reino de Dios. Ignacio nos pone frente a Cristo, que nos invita personalmente a unirnos al plan de Dios, a traer vida en plenitud.

En mis tiempos de desorientación, en los años setenta, me preguntaba qué tenía Dios que ver con el sufrimiento de las víctimas de este mundo, y qué lugar tenían éstas en el plan de Dios. ¿Se limita Dios a prometer el cielo después de la muerte a los justos, como nos enseña corrientemente el catecismo cristiano? ¿O tiene Dios algo que decir y qué hacer en el caso de los que sufren? ¡La pregunta me urgía, de tal forma que decidí ir a un Centro Superior de Estudios para intentar hallar la respuesta! Les sorprenderá quizá saber que allí aprendí mucho sobre el plan de Dios (el Reino) y su significado para los pobres.

Yendo directamente al fondo de la cuestión, el corazón de la Biblia es Jesús. Su mensaje en Nazaret es que Dios va a liberar a los pobres y a los cautivos (Lc 4,16-21). En su declaración programática, que llamamos Las Bienaventuranzas, anuncia que Dios viene como rey misericordioso, que se pone de parte de los pobres, que sufren hambre y tristezas (Lc 6, 21-26). (Sigo aquí la reconstrucción, ampliamente aceptada, y la interpretación de las primitivas bienaventuranzas, del estudioso belga Jacques Dupont, en *Les Beatitudes: La bonne nouvelle*, 1969). Están "alegres" no porque son pobres, sino porque pronto

*el peligro mayor es dormirse durante el drama que es la vida.* estarán saciados y reirán. Dios rechaza la injusticia que sufren a manos de los que son ricos, y están saciados y alegres. ¿Es que estar saciados y alegres es en sí algo malo? No. Lo crucial y decisivo es que los Epulones de este mundo están saciados y alegres *-mientras que los Lázaros lloran de hambre.* Dios que ama a las dos partes, toma partido por los segundos y se opone a los primeros. Porque Jesús- Dios es como una madre que ve a uno de sus hijos maltratando al otro, y se pone de parte de la víctima, ¡aunque la víctima sea por otra parte un niño revoltoso! Lo único que cuenta para la madre es que su hijo necesita ayuda.

El ser pobre no es en sí meritorio o santo, y de por sí no merece el amor de Dios, cuya opción hacia los pobres es una gracia gratuita. Dios se pone de su parte no porque practican la virtud, sino porque Dios es

compasivo. La razón no es la condición de los pobres, sino la manera de ser de Dios. Como me decía un amigo: "Dios se molesta cuando se abusa de los humildes".

Mientras que por un lado rechaza esas relaciones sociales injustas que llevan la muerte a los pobres, por otro lado, y positivamente, ofrece una nueva manera de vivir juntos como hermanos. También el pobre tiene que arrepentirse. Si es obrero de una fábrica, donde se le oprime, y al ir a casa maltrata a su mujer, entonces Dios, que le apoyaba en la fábrica, ahora defiende a su mujer. El obrero de hecho rechaza el ofrecimiento de Dios. De tal forma que el Reino de Dios, aunque gratuito, debe ser aceptado. Todos deben comenzar por arrepentirse y aceptar en la práctica la oferta de nuevas relaciones sociales. Durante el ministerio de Jesús vemos cómo Dios llama no sólo a los pobres, sino también a los pecadores, a las mujeres, a los enfermos y a los leprosos, a los niños, y a su tiempo a los Gentiles —a todos los marginados y a los ciudadanos de segunda clase— y los llama a una comunidad donde todos son iguales.

Dios despierta una revolución de amor en el mundo lenta, dolorosa, y siempre sujeta al ataque por parte del proyecto de muerte del pecado, pero que está destinada a triunfar. Lo que ha frenado su caminar a lo largo de los siglos es la falta de verdaderos discípulos.

Al comienzo de la Segunda Semana, San Ignacio nos invita a oír la llamada personal de Cristo a participar en el plan de Dios, a alistarnos en la empresa del Reino de Dios. Esa llamada se nos presenta hoy de diversas formas, pero ya hemos considerado una que parece muy especial. Hemos dicho que en los ojos de los pobres —en El Salvador o en Montreal— nosotros vemos algo infinito que nos atrae. Esos ojos despiertan una llamada muy en lo profundo de nuestras almas. La hemos oído: "La vida es corta, y tu sólo la vivirás una sola vez". En pocos años todos habremos muerto. ¿Cómo quieres gastar el resto de tu vida? Todos podemos malgastarla. Pero lo que es más importante es que reconozcamos que podemos vivirla en un continuo sueño banal.

El peligro mayor no es el dolor o la pobreza. El peligro mayor es dormirse durante el drama que es la vida, durante la lucha por la vida y por la comunidad humana contra las fuerzas de la muerte y la desesperanza. Ahí es donde está la acción desde el punto de vista de la fe. Dios es esa llamada infinita que seduce nuestros corazones y nos

hace temblar. Dios nos invita a participar en el único plan que merece la pena [91-98], una revolución de amor que Dios realiza en el corazón de la historia, en Sudáfrica y en Jamaica, en El Salvador y en Toronto. La invitación es para participar en un plan que sobrepasa nuestras personas y nuestros pequeños planes de mejora personal y de seguridad económica, que nos invita a abandonar nuestros proyectos personales y a unirnos a este gran proyecto, a que renunciemos a nosotros mismos para encontrarnos realmente a nosotros mismos. El dilema que se nos presenta es ver si hemos dado con algo, por lo cual estamos dispuestos a entregar nuestras vidas, incluso hasta la muerte. Si no es así, realmente es ya hora de que nos preguntemos para qué y porqué vivimos.

Hay tantas maneras de responder como personas. Ignacio hace notar que Dios llama a algunos a una entrega especialmente generosa. Pero cualquiera que sea la respuesta debe basarse en *la libertad interior*. Tenemos que ser libres para poder amar. Ese es el objeto principal de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio [1, 21]. Vivimos en una sociedad que nos atrapa y necesitamos dejar que el Espíritu de libertad nos libere de esas ataduras. Todos deseamos seguridad y felicidad y necesitamos liberarnos de los ídolos que nos prometen las dos, pero no nos dan ninguna de ellas. Tenemos que preguntarnos de qué tenemos miedo. Debemos permitir que Dios nos libere de la tiranía del miedo, de perder cosas, de no tener dinero, de lo que pensarán los demás, de no encontrar la persona sin la cual no podemos ser felices. Las cosas y las personas nos pueden causar placer y disminuir el sufrimiento. Pero, por sí mismas no nos pueden hacer felices. Si pensamos de otra forma, seremos esclavos de los ídolos que tememos perder. San Ignacio nos invita a algo que nos da miedo. Debemos ser indiferentes con respecto a todo lo que no es Dios, en orden a ser capaces de amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos [23]. Debemos estar tan libres de miedos y de preocupaciones que podamos ser lo que realmente deseamos ser y que podamos estar al servicio de la revolución del amor.

Vemos aquí y ahora cómo el camino del seguimiento de Jesús está plagado de trampas ocultas. Nuestra sociedad liberal nos engaña

al hacernos crecer que la elección del bien frente al mal, es como elegir entre naranjas y manzanas. Y ciertamente no es así. Hemos comenzado un camino cuajado de trampas ocultas, de revueltas y engaños. El enemigo de la naturaleza humana (como Ignacio llama a Satán) se disfraza de ángel de luz -especialmente para aquellas personas que no se dejan seducir por los vicios manifiestos. Quizás no sea de la mayor importancia que reconozcamos a Satán como un agente personal. Pero es crucial apreciar la sabiduría de los antiguos que sí lo conocieron. Y es de la máxima importancia tener conocimiento interno de la estrategia del enemigo.

En este momento, Ignacio nos propone la segunda de la meditaciones centrales de los *Ejercicios*. (La primera es del Reino de Dios, que acabamos de considerar). La llama "Las Dos Banderas" [136-47]. En esta meditación, Ignacio tiene especialmente presentes a personas "convertidas", profesores y alumnos de teología, lectores de *Grail*, y otros de semejantes características. Ya han ejercitado su opción básica (al menos eso creemos) en beneficio de lo demás, en lugar de ocuparse únicamente de sí mismos. El elemento crucial es ¿cómo puede ese compromiso frecuentemente deshacerse? Y por otra parte, ¿qué se puede hacer para protegerse contra ese daño y afianzar y profundizar esa entrega al plan de Dios?

*no hay sitio para una posición neutral entre el plan de Dios y el pecado.* Ignacio, siempre atento a su fin de que adquiramos conocimiento interno de cómo actúa la realidad, retira el velo que cubre el drama oculto de la historia. La vida es como una guerra entre el bien y el mal. ¿Lo creemos de veras? La sociedad liberal no lo cree. Porque para la sociedad liberal la vida es como en Hoollywood. Lo único que hace es enamorarse y vivir feliz para siempre. Para la sociedad liberal las cosas irán de bien en mejor, si tenemos más cosas y más conocimientos. Lo único que tenemos que hacer es limpiar algunos vertederos de sustancias tóxicas y hacer callar algunos locos como Gadafi y los traficantes de drogas. Pero la realidad es diferente, como pueden atestiguarlo todos los que han pretendido vivir felices para siempre. Incluso compromisos serios pueden deteriorarse o convertirse en fanatismos asesinos. La llama del amor puede debilitarse, y el fuego del amor enfriarse. El amor real no perdura de por sí. Hay que luchar por él y defenderlo, porque está siempre expuesto a ser atacado.

En esta meditación, pues, Ignacio nos invita a darnos cuenta de que el mal llega hasta todas las facetas de la vida y lo hace con clara lógica. El mal *esclaviza* a la persona y la lleva a la muerte. Por el contrario Dios está también en todas partes y nos ofrece la libertad y la vida. Satán tiene su estrategia específica para deshacer el bien. Cristo y sus amigos tienen la estrategia contraria. ¿Cuál pensáis que es la estrategia de Satán? ¿Cuál es su primer movimiento? ¿El sexo? No. La Biblia parece menos preocupada con el sexo que el típico moralista católico. Según la Biblia (y San Ignacio) el primer peldaño de la caída son las riquezas y la avaricia (2 Tim 6, 10).

Satán lanza sus redes y cadenas. Primero estimula el deseo de riquezas. Las riquezas en sí no son cosa mala. (Si tuviera un millón, ¿qué no podría hacer por los pobres?) Después la gente nos honra porque somos ricos, Satán nos tienta con el honor, el prestigio y el poder. Tampoco esto parece malo. El problema es que sin ser moralmente malo, nos lleva al peligro gravemente pecaminoso, porque del prestigio y del poder el enemigo nos lleva a la *soberbia*. Nos llegamos a creer nuestra propia importancia. Soberbia para San Ignacio no significa un sentido saludable de estima propia, sino un complejo de superioridad, de arrogancia. Y nos dice que una vez que hemos caído en este mal nos creemos superiores a los demás, y hemos perdido la batalla. De allí caemos con facilidad "en todos los demás vicios" [142]. Así es, dice Ignacio, cómo actúa el mundo: avaricia, poder y soberbia.

Después de meditar todo esto, y lo digo con vergüenza, durante más de treinta años, estoy convencido de que Ignacio descubrió la verdad trascendente de cómo actúa el mundo. Pensad en tantas personas que comenzaron con buena voluntad -los predicadores en televisión, nuestros políticos favoritos- y terminaron soberbios y poderosos, sin comprometerse en nada, e incluso, como personajes públicos que todos conocemos, decidiendo sobre la vida y (principalmente) la muerte de personas creadas por Dios. En pocas palabras, Ignacio nos pone en guardia sobre la estrategia típica del enemigo, que se mueve por escalones ascendentes. No quiero con esto decir que el buscar la seguridad económica sea siempre malo. Deseamos liberar a los pobres. Es bueno romper la escalada de la pobreza, que degrada al hombre. Lo que es realmente malo es cortar

*Jesús nos llama a la solidaridad con los desposeídos de la tierra.*

nuestras relaciones con los pobres, distanciarnos de ellos y de su lucha por la vida, para buscar por nuestra propia seguridad y salvación, sin contar con ellos.

Esto aparece cuando consideramos el modo de actuar de Jesús. Él nos invita a no dejarnos engañar, porque el simple conocimiento de la estrategia diabólica de riquezas, honores y soberbia no nos inmuniza contra el contagio. Debemos contraatacar. No hay sitio para una posición neutral entre el plan de Dios y el pecado. No basta con hacer el bien y evitar el mal. Como dijo Martin Luther King, debemos hacer el bien y *resistir* al mal.

Jesús, por tanto, "nos invita y atrae" (dice San Ignacio) primero a pobreza, luego a humillaciones, y finalmente a la humildad. Nos llama a la pobreza, pobreza espiritual o desprendimiento, e incluso a la pobreza actual. ¿Cuánto en concreto debemos poseer? Depende de la "invitación y llamamiento" de Cristo a cada uno en particular. No debemos perder de vista esta perspectiva personal y subjetiva, dejándonos distraer con escrúpulos sobre si tengo coche o no, o tales o cuales aparatos. Pero por otro lado no podemos discernir la voluntad de Dios si nos mantenemos en nuestra cómoda y agradable atmósfera de bienestar. El criterio objetivo para nuestra "pobreza" es la solidaridad con las víctimas de este mundo. Si los pobres son realmente nuestros amigos, será duro vivir en medio de cosas superfluas cuando a ellos les faltan las cosas esenciales. Si estamos con los pobres, nuestra amistad nos hará renunciar a esas defensas de nuestra seguridad. ¿Nos sentimos a gusto con los pobres? ¿Se sienten ellos a gusto con nosotros, en nuestras casas, conventos, y casas parroquiales? Esa es la pregunta clave. Si la respuesta es negativa, entonces los pobres se sienten inferiores a nosotros, o nosotros nos sentimos superiores a ellos. No somos solidarios.

Caminar con Jesús, como Él camina con los pobres, es fuente de humillaciones y persecución. Ignacio cree que, aunque no necesitamos buscarlas, pueden ser liberadoras. Es un tema delicado, que merece más atención de la que podemos dedicarle ahora. He leído hace poco cómo Bill W., fundador de Alcohólicos Anónimos, estaba fascinado por la opinión de Ignacio en esta materia. El conocía cómo la humillación ayuda al alcohólico, al adicto total, a darse cuenta de su estado, a encontrar su libertad. Las humillaciones nos pueden conducir a los

brazos de los pobres y de Dios. Finalmente, Jesús nos invita a la humildad, esto es, a reconocer que nosotros no somos en realidad más importantes que los pobres, y a unirnos a ellos en su causa, que al fin y al cabo es la causa de todos nosotros. En una palabra, Jesús nos llama a la *solidaridad* con los desposeídos de la tierra. Jesús nos llama no a movernos *hacia arriba* sino *hacia abajo*.

### *Tercera Semana*

Llegamos a la Tercera Semana de los *Ejercicios*, la semana de la Pasión y Muerte de Jesús. Las Dos Banderas nos enseñan que el seguimiento de Cristo nos lleva a la Cruz. Esta es la semana de contemplar, de *estar con Jesús* —viendo, oyendo, sintiendo con Él— desde la Última Cena hasta el sepulcro.

Ignacio dice que en esta semana debemos pedir “dolor, sentimiento y confusión... dolor con Cristo doloroso, quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí” [192, 203]. Todo esto parece sombrío y deprimente. Pero San Ignacio no quiere que suframos aquí depresión. En la Reglas para discernir espíritus, define la *consolación*: “cuando en el alma se causa alguna moción interior” ...la paz interna y el gozo, que es cualitativamente distinto del placer (y del dolor). También: “cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, agora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor” [316].

Lo que nosotros pedimos aquí es el tipo de dolor que se siente al estar presente en el futuro de una persona querida, el tipo de dolor que uno siente y vive ante el genocidio de Ruanda y la desgracia de los sin techo en nuestras calles. Es el tipo de dolor que une nuestro ser, tan disipado en problemas superficiales y en detalles sin importancia que distraen nuestra atención. Ese dolor nos centra y reenfoca nuestra atención. Nos sentimos partícipes del dolor del mundo. Nos apenamos por algo que merece nuestro dolor (en lugar de apenarnos por motivos banales).

Cuando compartimos el dolor y pena con un amigo que ha perdido a un ser querido, o con un pueblo crucificado, sentimos de alguna manera que estamos donde tenemos que estar. Estando con los crucificados de la tierra, y compartiendo con ellos sus penas, nos

sentimos a gusto y con paz en el dolor. Aquí es donde debemos estar, compartiendo el peso de ese dolor. Como dice el cantar "no pesa, es mi hermano". Y como dice Jesús: "mi carga es ligera". ¿Cómo se explica eso?

¿Recuerdan a Teresa Pérez, que me sirvió frijoles para el desayuno en Los Sitios? En Noviembre de 1990 celebramos el primer aniversario de los mártires de la Universidad de América Central. Tuvimos también un acto sencillo en la casita de Teresa, donde Ignacio Martín-Baró, uno de los mártires, había trabajado mucho pastoralmente. Tras la homilía, Teresa nos dijo que después de la muerte del Padre Nacho, muchos se habían marchado de la parroquia. (Los militares habían usado la capilla, dónde estábamos celebrando, como cuartel durante seis semanas). Teresa opinaba de otro modo: "Yo digo —comenzó— que si la muerte nos encuentra sirviendo a la iglesia entonces sea bienvenida".

Este es el valor admirable y la libertad que uno se encuentra entre los pobres de El Salvador, y de otros sitios también. Los antepasados mayas de Teresa escribieron en su poema épico *Popol Vuh*:

Arrancaron nuestra fruta,  
Cortaron nuestras ramas,  
Quemaron nuestros troncos,  
Pero nunca pudieron matar nuestras raíces.

Una de las madres de los Desaparecidos me dijo una vez: "Mire, cuando buscas entre montones de cadáveres el de tu hijo, dejan de impresionarte. Dejas de tener miedo de nada y de nadie. "Esta mujer ha marchado contra el ejército en ocasión de las demostraciones durante la guerra civil. Su participación a la pasión de Cristo la había hecho libre de amar de una manera, que espero no le tocará jamás a una persona. Al mismo tiempo, mientras que sus sufrimientos me daban escalofríos, su amor duro y terrible me llenaba de alegría y esperanza. Es difícil leer la vida de Oscar Romero sin estar lleno de lo que Ignacio llama "consolación". Si personas como éstas pueden sufrir de esta manera por los otros, pueden dar su vida por los pobres, por la verdad, por Dios, entonces tenemos los mejores motivos para continuar viviendo y viviendo bien. Y es lo que nos introduce en la Cuarta Semana.

### Cuarta Semana

Mi subtítulo para esta Cuarta Semana, la semana de la resurrección y del “descubrir a Dios en todas las cosas” es éste: “Las cosas son mucho más maravillosas de lo que nos podamos imaginar”. Decía yo antes que los peregrinos que viajan a El Salvador llegan preocupados y con temores vagos (en desolación) porque prevén el sufrimiento que van a presenciar en El Salvador. Es cierto que van a encontrar tristeza e incluso desesperación. Y ciertamente encontrarán pecadores. Pero lo que realmente les impresiona y los “arruina para toda la vida” es algo que no esperan encontrar, alegría. Después de haber oído tantas historias de horrores, los visitantes se admiran durante mucho tiempo al ver que este pueblo ríe, y se preguntan el porqué. Y por qué insisten en compartir sus últimas tortillas con el visitante *gringo*. Y su alegría es algo enigmática, porque no procede del bienestar o de la buena alimentación, de la salud, o del poder, porque esta gente no tiene nada de eso. Pero *a pesar de todo* están alegres. ¿Cuál es la razón de esa alegría?

Los peregrinos están frente a lo que Ignacio llama “consolación sin causa precedente”. No hay explicación humana de este tipo de alegría y generosidad. Solamente Dios da alegría sin causa precedente [330]. Esa alegría indica que Dios está presente en medio de ese pueblo, o, como Ignacio dice [224], el Resucitado está presente como consolador de los afligidos, que les da fuerzas para que sigan adelante, para que luchen por un mundo nuevo, le da esperanza contra toda esperanza. La gente entonces comparte su esperanza con los que vienen a compartir sus penas, y en cierto sentido a acompañarles en el camino. Ellos comparten con otros la consolación que han recibido de Dios (2 Co, 1,4).

Hoy, a pesar de todo, América Central exporta más amor que plátanos. Los pobres creyentes saben en su interior que la vida vencerá a la muerte y el amor a la indiferencia. El proyecto de Dios sobre la vida triunfaría sobre los planes de la muerte. Por esta razón los no pobres necesitan a los pobres más de lo que los pobres los necesitan a ellos. En el Norte próspero se encuentran fe y amor, y también solidaridad, pero hay poca esperanza. Como dijo Ignacio Ellacuría, refiriéndose a Estados Unidos: “Desde mi punto de vista... Estados Unidos está en

peor situación que Ibero América; tienen una solución, pero, a mi juicio, es una solución mala, tanto para ellos como para el mundo en general. Por otra parte, no hay soluciones para Ibero América, solamente problemas. Y aunque esta sea doloroso, es mejor tener problemas que tener una solución mala para el futuro”.

*es posible escapar de Dios, reflejado en las mariposas y en los osos coalas.*

Muchos pobres de Centro América tienen esperanza porque participan de un proyecto común, aunque sea por ahora lento y fragmentado, en favor de la vida y en contra de la muerte. Y manifiestan esta esperanza en su alegría y generosidad - a pesar de todo lo que ocurre. Y no vemos que exista un proyecto semejante en el Norte. Tenemos proyectos personales y mucha soledad. La sociedad próspera ha puesto de manifiesto tanto el dolor público y la falta de esperanza del centro de las ciudades, como su reflejo y consecuencias en el dolor más personal y más concreto de los suburbios.

Ignacio se despidió de los ejercitantes con una Contemplación final para alcanzar el amor de Dios [230-37]. Quiere que seamos capaces de ver y sentir a Dios presente en el mundo, en todas partes, para poder nosotros “amar y servir en todo” [233], como *contemplativos en la acción*, que *encuentran a Dios en todas las cosas* y que tienen *familiaridad con Dios*. Insiste en que no tenemos necesidad de dejar el mundo para lograr esto. Por el contrario, tenemos que entrar en el mundo para encontrar y unirnos a Dios.

A lo largo de los Ejercicios, Ignacio nos aconseja que pidamos conocimiento interior, un sentir muy cerca la realidad. El problema no es que estemos “distráidos por” la realidad, sino que con frecuencia estamos muy alejados de la realidad misma, perdidos en sus alrededores, separados del drama de la vida-y-muerte, y, por consiguiente, muy alejados del terreno donde Dios lucha contra la muerte para traer vida en abundancia. Lo importante no es ir al cielo antes de tiempo. Lo importante es estar presentes aquí y ahora. No estamos llamados a la ascensión sino a la encarnación. Dios nos resucitará. Y precisamente porque el mundo es un lugar confuso, propenso a las distracciones y espiritualmente peligroso, necesitamos cada día tiempo para orar y contemplar. Pero esto no significa retirarse de la vida, es más bien la condición necesaria para evitar nuestra huida del drama de la vida.

Ignacio nos invita así, al fin de los Ejercicios, a reflexionar en la presencia de Dios en el mundo, que es un don permanente de Dios mismo. Dios actúa en el mundo, en todas las criaturas y acontecimientos. ¿Dónde? ¿Cómo?

*los pobres nos  
ponen frente al  
misterio de Dios.* Ya hemos visto dónde y cómo. Es cierto que cada mariposa y hoja de hierba refleja la gloria de Dios, como Ignacio nos recuerda en la *Contemplación para alcanzar Amor*, y las paredes de nuestras Casas de Ejercicios están llenas de cuadros, donde la belleza de Dios se refleja en la naturaleza, en los paisajes y en los osos coalas. Pero es posible escapar de Dios, reflejado en las mariposas y en los osos coalas. Los pobres, sin embargo, nos ponen necesariamente, y sin escape posible, frente al misterio de Dios. Necesitamos más cuadros de pobres en nuestras Casas de Ejercicios. Los pobres son un motivo único para ver y encontrar al Dios del amor en el mundo.

Aquel otro Ignacio, Ellacuría, dijo una vez que los ojos del mundo estaban fijos en América Central. Y ello se debía a que entre esas gentes tan castigadas por el dolor estaba teniendo lugar, de una forma muy dramática, el morir y el resucitar, que es el drama de todas nuestras vidas. Hay mucha muerte a lo largo y ancho del mundo, pero también hay mucha resurrección. Aquí está el lugar donde se encuentra al Dios de Jesús, pero no sólo en Centro América, sino dondequiera que nos encontremos cada uno de nosotros.

Es demasiado fácil dejar de ver este drama central de la vida. Sospechamos en nuestro interior que el mundo es un lugar mucho más cruel de lo que estamos dispuestos a admitir. Tenemos con frecuencia encontrarnos con los pobres, porque ello nos pone en contacto con los horrores del mal, y gastamos muchas energías apartando estos horrores de nuestras vidas. Si permitimos que sus historias desgarran nuestros corazones, sus víctimas nos invitarán a reconocer que el mundo es un lugar más maravilloso de lo que nos atrevemos a imaginar. Ellos nos revelarán la revolución de amor que Dios está comenzando en el mundo. "Donde el pecado abunda, la gracia abunda todavía más (Rm 5,20).

Para apreciar en su valor esta buena noticia, debemos primero aceptar las noticias malas: que el mundo es un lugar terriblemente cruel. Para poder participar de la esperanza de los pobres, tenemos que

participar (oír y asumir) de su dolor. Para tener verdadera esperanza, necesitamos que las víctimas desgarran nuestros corazones, nos arranquen de nuestro autodomínio y nos coloquen de cara al Cristo doloroso en el mundo de hoy. No podremos darnos cuenta de la resurrección que tiene lugar en todos los sitios a menos que nos demos cuenta de las crucifixiones que tienen lugar también en todos sitios. En este misterio pascual histórico y concreto, en el morir y resucitar de los hombres encontramos a Dios, tenemos experiencia del Dios crucificado y resucitado, que es el secreto de la historia y de la vida.

[Tomado de «CIS», Roma, 84(XXVIII, I 1997), 25-44]

*No se quede sin su  
Agenda latinoamericana '99*

**Agenda Latinoamericana '99: Agenda del pueblo de Dios**

Editada en 21 países, es seis idiomas. Un libro latinoamericano más difundido cada año dentro y fuera del Continente. Una antología de sabiduría popular, un anuario de esperanza popular, un vademécum con la que acompañarse, un almanaque de espíritu latinoamericanista. Un acopio de memoria histórica para alimentar nuestras raíces. Una herramienta pedagógica para la educación, la comunicación, la militancia o la pastoral popular. Un signo de comunión continental entre los que vibran con las Grandes Causas de la Patria Grande.